

la buena fe, y la mayor seguridad? Pregunto en tercer lugar, ¿cómo los Apóstoles y los discípulos de Jesucristo, siendo lo que hemos dicho, y como lo hemos pintado, han sabido dar á las diferentes apariciones de Jesucristo (que ellos han imaginado) tanta grandeza y dignidad, que no hay hombre de razon que no conozca que de este modo debía salir de su sepulcro un Hombre Dios, muerto voluntariamente por la salvacion del género humano? ¿Qué de este modo debía hablar y obrar despues de haber salido de él? ¿Cómo han tenido el arte de enlazar tan bien los sucesos de la resurreccion de Jesucristo con los de su vida y su muerte, que es evidente que esta última parte de su historia es hecha por las que la han precedido, y forma con ellas el todo mas completo que puede imaginarse? luego es una gran locura pretender, que los apóstoles y los discípulos han inventado esta última parte de la historia de Jesucristo, á menos que no pretendan al mismo tiempo que la

inventaron toda; y pretender que la han inventado toda, es la locura mayor de todas las locuras, como lo hemos manifestado en otra parte.

*Cuarta paradoja.* Los apóstoles y los otros discípulos de Jesucristo eran unos hombres sin firmeza ni valor, como lo prueba el evangelio, y lo hemos dicho mas arriba; y por otra parte, tenían unos entendimientos limitados y groseros, como acabamos de decirlo. Pues ¿cómo se atreverian á formar una empresa, cuya egecucion exigía unas almas mas firmes, y mas intrépidas que las de Alejandro y César, y al mismo tiempo unos ingenios mas vastos y mas fecundos en recursos, que los de estos héroes tan ponderados? ¿Cómo el mismo Apóstol que habia negado á Jesucristo vivo, en presencia suya, ante los príncipes de los sacerdotes; cómo, cómo este mismo Apóstol habria tenido la constancia de anunciar a estos mismos príncipes de los sacerdotes, que habian sido testigos de sus negaciones y de sus blasfemias, la resurreccion

de Jesucristo, sabiendo no obstante que no habia resucitado? Los Apóstoles eran hombres sin elocuencia, y por otra parte no tenian nada de lo que puede, ó suplir la elocuencia, ó favorecer los esfuerzos; sin nacimiento, sin crédito, sin autoridad, sin consideración; ¿cómo, pues, se atreverian á formar un proyecto cuya ejecución pedia un don de persuasión infinitamente superior á aquel con que los Sócrates, los Platones, los Demóstenes y los Cicerones, se hicieron admirar de todo el universo: En fin, no habiendo resucitado Jesucristo, como lo trae la hipótesis sobre la cual discurremos, y queriendo sin embargo los apóstoles, de acuerdo con los discípulos, y contra todas las luces de su conciencia, persuadir su resurrección á todo el universo; es claro, 1.º: Que su empresa era una empresa puramente humana, que por consecuencia no podia tener efecto sino por medios humanos, y todos los medios humanos les faltaban absolutamente. 2.º: Esta empresa era la mas temeraria de to-

das las empresas, porque de nada menos se trataba que de abolir todas las religiones del mundo, y por consecuencia los Apóstoles debian estar bien ciertos de que tendrian contra ellos todos los pueblos de la tierra. 3.º: En fin, esta empresa era la mas criminal de todas las empresas; esto era, hablando con propiedad, una conjuración contra el mismo Dios, á quien los Apóstoles querian dar un rival en la persona de Jesucristo, y por consecuencia debian estar ciertos de tener á Dios contra ellos. ¿Cómo, pues, entre tantos hombres no se halló uno siquiera que se espantase, ó de la multitud de dificultades ó de lo grande de los peligros, ó de la enormidad del crimen que iba á cometer? ¿ni uno siquiera que cediese, ó á sus remordimientos, ó á sus sobresaltos: ni uno siquiera que se apartase de este proyecto, y que se desprendiese de sus cómplices? En una palabra, ¿cómo pasó este proyecto de una voz unánime y sin contestación en un consejo de ciento y veinte personas?

*Quinta paradoja.* No habiendo resucitado Jesucristo, y habiendo formado los Apóstoles y discípulos, concertados entre sí, y contra su propia evidencia el proyecto de publicar su pretendida resurreccion, todos los empeñaba á dispersarse desde luego en los diferentes cantones de la Judea, y sobre todo en los parages donde Jesucristo habia hecho mas milagros, y en donde era mas venerado su nombre; á hacerse en ellos prosélitos, secretamente, y á no atacar á Jerusalem (si puedo esplicarme así) hasta que se hallasen en estado de hacerla temblar. De este modo se fortifica en las tinieblas una cábala, antes de llegar á manifestarse. Todo, pues, debia obligar á los Apóstoles á tomar este partido: lo corto de su número, la poca consideracion de que gozaban, y el aborrecimiento todavía vivo de la Sinagoga y del pueblo Judayco contra su Maestro. ¿No es evidente que publicando desde luego en medio de Jerusalem y todos juntos, que Jesucristo habia resucitado, se

esponian al mas inminente y manifiesto peligro de ser todos arrestados al instante, y condenados á muerte, y á ver ahogado en su propia sangre en el momento de nacer, ó á lo menos de aparecer su proyecto? Pues ¿por qué tomaron este último partido? Suplico se me de una razon de ello, que tenga alguna verosimilitud.

*Sesta paradoja.* Si es cierto que los Apóstoles y los otros discípulos de Jesucristo compusieron entre sí la fábula de la pretendida resurreccion de Jesucristo para publicarla seguidamente en todo el universo, como una historia verdadera, ¿por qué entre tantas personas no se ha encontrado una siquiera que haya revelado este secreto, ni aun en medio de los tormentos mas crueles? Y lo que todavía admira mas, ¿por qué no se ha hallado uno siquiera que lo haya confiado á su padre, á su esposa, á su amigo íntimo, ó á alguno de aquellos que habia empeñado en su partido? ¿Cómo ha permanecido este secreto tan profundamente sepultado en

tantos corazones, que no puede citarse hecho alguno, no digo que pruebe positivamente, sino que dé el menor motivo de conjeturar ó sospechar que los Apóstoles y los discípulos hayan querido engañar al mundo? ¡Ah! Qué almas las de los Apóstoles, y las de los discípulos! y sin embargo eran hombres del desecho del pueblo, ignorantes y groseros.

*Séptima paradoja.* Cuando leo el libro de las actas de los Apóstoles, las Epístolas de S. Pedro, de S. Pablo, de S. Juan, de Santiago y de S. Judas, veo que los Apóstoles anunciaban la resurrección de Jesucristo y su Divinidad, como hombres que hablan de lo que han visto, de lo que han oído, y de lo que han tocado, para servirme de la expresión de uno de ellos; esto es, con la mayor seguridad. Yo no noto, ni en sus discursos, ni en su conducta, ningún extravío, ningún artificio, ningún disimulo, ninguna duda, ni embarazo alguno. Veo, sí además, que toman sobre sus discípulos una autoridad que no puede

convenir sino á hombres que saben que son enviados de Dios; y en efecto, no titubean para decir que lo son. Este tono de autoridad divina se hace conocer en todas las epístolas de los Apóstoles; y sin embargo estos Apóstoles saben muy bien, como se supone, que no predicaban sino mentiras é imposturas; y no obstante, estos eran, á escepcion de S. Pablo, hombres ignorantes y groseros: y yo pregunto sobre esto, ¿cómo unos hombres de este carácter han podido tener tanta confianza en la mentira, como otros habrían tenido en la verdad? ¿Cómo unos impostores han podido tomar, hablando á los cristianos de la Iglesia naciente, este tono de autoridad que cada uno conoce no conviene sino á los enviados de Dios, y sostenerle siempre?

*Octava paradoja.* El libro de las actas de los Apóstoles, las epístolas de S. Pedro, de S. Pablo y de los otros; todos los monumentos de los primeros tiempos del cristianismo que han llegado hasta nosotros, testifican que

los Apóstoles predicaron el evangelio en todo el universo, sobre el mismo plan, y esto hasta su muerte, sin que jamas se haya notado la menor variedad entre la enseñanza de los unos y los otros. Por todas partes contaban de un mismo modo el nacimiento, la vida, la muerte y la resurreccion de su Divino Maestro; por todas partes anunciaban al mismo Dios, Criador del cielo y de la tierra, subsistiendo en tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo. En todas partes proponian los mismos misterios: en todas partes daban las mismas reglas de costumbres: en todas partes establecian el mismo culto y disciplina para gobierno de la Iglesia. Lo que Pedro enseñaba en Roma, Santiago lo enseñaba en Jerusalem, Juan en Efeso, Tomás en las Indias, &c. Todo lo que aqui digo es tan constante, que cuando despues de la muerte de los Apóstoles quisieron ciertos hombres inquietos y orgullosos substituir sus propias opiniones á la doctrina general del evange-

lio, jamas se necesitó para confundirlos otra cosa, sino compararlas con los concilios, y las tradiciones que los Apóstoles habian dejado en las Iglesias que habian fundado. Estas tradiciones eran unas mismas en todas partes, y sobre ellas se formaban decisiones auténticas é irrevocables.

No solamente los doce Apóstoles predicaron por todas partes el evangelio sobre el mismo plan; pero lo mas admirable, y que te pido lo consideres bien es, que jamas se vió en ningun Apóstol orgullo alguno, nada de lo que huele á fausto, á ostentacion, ó deseo de distinguirse de sus cólegas. Jamas autoridad alguna fué á un tiempo tan modesta, tan dulce y firme, como la que cada uno de ellos egercia. Jamas se vió en ninguno de ellos ni la menor sombra de vanidad ó de ambicion. Todo lo que se llama celos, rivalidad, deseo de prevaler y sobresalir, estuvo desterrado siempre de este venerable colegio. Todos de un comun acuerdo dieron á Pedro el primer lugar y la primera

autoridad: Pedro, durante su vida, conservó su lugar y su autoridad, sin pensar en prevalerse de ella, y sin que nadie imaginase el contestársela. Cuanto aquí digo, Teotimo, lo confiesa todo el universo.

Sin embargo, en la suposición que examinamos, los Apóstoles no eran otra cosa sino una tropa de falsarios é impostores: formaban lo que llaman un partido y una cábala, y en materia de religion, una secta. ¿De dónde, pues, nace que jamas se vió entre ellos nada de lo que caracteriza lo que llaman partido, secta y cábala? ¿Cómo la mas inquieta y turbulenta de todas las pasiones, que es el espíritu de secta y de partido, que los animaba, no produjo jamas entre ellos, ni division, ni rivalidades, ni contestaciones? ¿Cómo esta pasion inquieta y turbulenta que los impulsa á remover todo el universo, y á turbar el reposo de todos los pueblos, los mantiene á todos en la mayor paz? ¿Cómo, en fin, esta pasion inquieta y turbulenta los determinó á todos,

y esto hasta el fin de su vida, á enseñar precisamente por todas partes la misma doctrina, á obrar con tanta sabiduria y constancia, y tan acordes y uniformes en la egecucion del vasto designio que habian concebido? Pues yo pido otra vez que me den una razon suficiente de este fenómeno, ó mas bien prodigio moral, si me es permitido hablar asi.

*Nona paradoja.* Ya hemos observado que los Apóstoles publicaron en todo el universo la resurreccion de Jesucristo, no solo con el mayor valor é intrepidez, sino tambien con aquel tono de sinceridad y confianza que jamas podrá concebirse, que tantos y tales hombres, como sabemos eran los Apóstoles, hayan podido sostener durante toda su vida; pues que apenas concebimos que un solo hombre pudiese en semejantes circunstancias tomarlo y sostenerlo ni un instante. Notemos todavia sobre esto, que estos mismos Apóstoles fueron al mismo tiempo los maestros, y los modelos de la virtud mas pura. Nada es

mas hermoso y mas admirable que su moral, si no son sus egemplos. Cuando se examinan las lecciones que daban á los fieles, se halla en ellas un buen juicio, una precision y una dignidad que asombran y encantan el entendimiento. Todo inspira en sus escritos el mas profundo respeto al Ser Supremo, de quien dan las mas grandes ideas, la sumision mas perfecta á las potestades que gobiernan el mundo, á aquellas potestades que tan cruelmente los perseguian, y la caridad mas tierna y generosa con todos los hombres. En cualquiera estado y situacion que se halle el hombre, siempre encontrará en estos libros divinos la verdadera pauta de sus deberes: todo hombre que se arregle á sus preceptos, perfeccionará su conducta. Pero su vida asombra todavia mas que su doctrina: todo cuanto mandan á sus discípulos, ellos lo practican escelentemente. Siempre se ve en ellos unos hombres simples, modestos, humildes, pacíficos, llenos de rectitud y sinceridad; inca-

paces de mentir y sutilizar; siempre prontos á hacer bien á todos, y sufriendolo todo con paciencia de todo el mundo: castos, templados, desprendidos de todo, y sobre todo de su propia gloria hasta lo sumo; sin tener por acá en el mundo otras pretensiones sino hacer conocer á Dios á los hombres, reconciliarlos con él, contando por nada su reposo, su honor y su vida, siempre que puedan procurar la gloria de Dios, haciéndole conocer á los hombres, y la salvacion de los hombres, reconciliándolos con Dios.

Estos fueron los Apóstoles, y sin embargo en la suposicion que examinamos, estos Apóstoles no eran mas sino una tropa de impostores y falsarios. Eran otros tantos testigos falsos, y los mas dignos de castigo y mas criminales de todos los testigos falsos, supuesto que levantaban un falso testimonio al mismo Dios, publicando descaradamente en todo el universo, que Jesucristo habia resucitado, no siendo asi: eran, en fin, una

tropa de malvados é impios, todos conjurados á un tiempo contra Dios, á quien querian dar un rival en la persona de Jesucristo: contra su patria, en la cual querian abolir el culto y las leyes; y contra todo el género humano, á quien querian hacer adorar á un hombre crucificado.

Habla con sinceridad, Teotimo: ¿imaginas ó concibes que los Apóstoles hayan podido reunir en sí mismos tantas condiciones: practicar constantemente todas las virtudes, y no tener ninguna: dar las mas bellas lecciones y mas grandes egemplos, siendo profundamente malos y corrompidos: ser á la vez prodigios de santidad, y monstruos de malicia é impiedad: emplear todo lo que la doctrina y los egemplos tienen de mas persuasivo para acreditar la mentira: burlarse con desvergüenza del género humano, y consolarse de todos los males que podian atraerse, siempre que lograran engañar: burlarse, en fin, de su propio reposo,

de su propia vida, de su misma salvacion, y estar contentos con vivir miserables, morir en los tormentos, y caer despues de su muerte en manos de un Dios vengador, siempre que al morir viesen triunfante la impostura? No, Teotimo: tu no concibes que todas estas contradicciones hayan podido juntarse á un mismo tiempo en los Apóstoles. Y sin embargo, si se supone que Jesucristo no ha resucitado, y que los Apóstoles publicaron en todo el universo contra su misma evidencia su resurreccion, es preciso admitir todas estas contradicciones.

*Décima paradoja.* Si los Apóstoles no fueron sino una tropa de impostores y falsarios, que sabiendo que Jesucristo no habia resucitado, fueron impulsados á publicar su resurreccion en todas las naciones, ó por el celo fanático de la gloria de su maestro, ó por adquirirse ellos mismos un cierto nombre; ó en fin, por cualquiera otro motivo mas estravagante todavia, y sugerido por una



imaginacion singular y artificiosa : si esto es asi , ¿qué diremos de los milagros que los Apóstoles hicieron á la vista de todo Jerusalem para testificar la resurreccion de Jesucristo? ¿De estos milagros que vemos estampados en el libro de las actas de los Apóstoles , y cuya verdad jamas han osado negar los judios mismos? ¿Qué dirémos de los milagros consignados en toda la historia eclesiástica , que desde diez y ocho siglos á esta parte es la historia de la mayor parte del género humano? Porque , como lo observa San Agustin , siendo la resurreccion de Jesucristo el fundamento de la fe de los cristianos , todos los milagros que estos han hecho , han tenido por principal objeto el probar esta resurreccion. ¿Qué diremos , lo repito , de aquellos milagros que han sido testificados por hombres los mas distinguidos por la grandeza de su alma , por la hermosura de su ingenio , por la profundidad de su sabiduria , por la santidad de su vida , los Agustinos , los Ambrosios , los Tertu-

lianos y otros mil ; por los Emperadores y los Reyes , por las ciudades y los pueblos enteros , los cuales aseguran solemnemente haberlos visto? ¿Aquellos milagros reconocidos , confesados , y celebrados universalmente entre los cristianos : aquellos milagros , que despues de la primera predicacion de los Apóstoles , hasta nuestros dias , jamas han faltado en la Iglesia Católica , y jamas se han visto sino en la Iglesia Católica : aquellos milagros , que no solo estan mezclados en todas las historias de las naciones cristianas , con los demas sucesos , sino que están de tal modo entrelazados (si me es permitido decirlo asi) con estos sucesos , y tan estrechamente unidos é incorporados , que frecuentemente son las circunstancias principales ; de suerte , que no pueden desatarse los milagros de estos sucesos sin mutilarlos y lacerar , por decirlo asi , todo el cuerpo de la historia , y hacerlo desconocido? Insi-to , mi querido Teotimo : ¿qué diremos de aquellos milagros , todos hechos para por-

bar la resurreccion de Jesucristo?

Si confiesan la verdad de estos milagros; confiesen, pues, al mismo tiempo que Jesucristo ha resucitado, ó que se atrevan á decir que despues de diez y ocho siglos, Dios trabaja por todas partes y con todas sus fuerzas en acreditar la mentira y la impostura, lo que es el colmo de la impiedad.

¿Dirán que estos milagros son tambien supuestos, como el de la resurreccion? Pero si es asi, ya no hay nada cierto. Quememos todos los libros, destruyamos todos los monumentos de los tiempos pasados, no creamos nada de lo que nuestros padres declaran haber visto, y no creamos ni lo que vemos; porque al fin la noticia de nuestros ojos no es mas segura que la de nuestros oidos. Si nuestros oidos nos engañan, nuestros ojos pueden tambien engañarnos. Neguemos la providencia, y por una ilacion necesaria, la existencia de Dios, y vivamos entregados al acaso, supuesto que el acaso es el solo

Dios que gobierna el mundo, y precipitémonos con los ojos cerrados en el abismo del pirronismo universal. ¿Cómo puede creerse, ó que tantos pueblos que han compuesto la Iglesia católica desde diez y ocho siglos á esta parte, han creído ver milagros sin que se hayan hecho entre ellos, ó que estos mismos pueblos, no habiendo visto milagros, se han atrevido á testificar solemne y publicamente que los habian visto? ¿Quién podrá concebir jamas que la no existencia de los milagros (permítame este modo de hablar), siendo cierta entre tantos y tan diferentes pueblos por sus costumbres y sus caracteres, no haya sido jamas universalmente reconocida, ó que reconocida universalmente, jamas haya sido confesada? ¿Quién podrá concebir jamas, que tantos pueblos se hayan obstinado durante tantos siglos, no solo en citar sus milagros á los pueblos que se hallaban fuera de su sociedad, y en glorificarse de ellos como de otras tantas pruebas de la divinidad de su religion, sino que

hayan tenido siempre el mismo lenguaje entre ellos, si en efecto no ha habido milagros entre ellos? ¿Es posible que la mitad del mundo haya representado seriamente esta ridícula comedia, y esto por espacio de tantos siglos?

Deduzcamos, Teotimo, que la tercera suposición, según la cual los Apóstoles habrían sido unos hombres artificiosos y embusteros, que en seguida de un acuerdo hecho entre ellos hubieran publicado en todo el universo la resurrección de Jesucristo, aunque convencidos de lo contrario, es á lo menos tan absurda é incapaz de sostenerse como la segunda, según la cual habrían sido los Apóstoles unos hombres engañados, que se hubieran figurado haber visto á Jesucristo resucitado, no habiéndose sido esta pretendida resurrección sino una fantasma que los alucinaba, y que por consecuencia debemos abandonar esta tercera suposición, así como hemos desechado la segunda, adoptando simplemente la narración de los libros del evangelio

y de las actas de los Apóstoles, tocante á la resurrección gloriosa de Jesucristo nuestro Salvador, y mirando esta dichosa resurrección como el hecho más cierto y mejor probado que jamás hubo, y por consecuencia, como una demostración invencible de la divinidad de Jesucristo.

Pero sobre esto dicen nuestros nuevos filósofos, estos hombres á quienes los hechos que establecen la divinidad de la religión de Jesucristo no parecen jamás bien probados, porque han jurado que Dios no tendrá nunca razón contra ellos: si es cierto que Jesucristo resucitó al tercero día después de su muerte, ¿por qué no se apareció, resucitado ya, sino á sus Apóstoles y á un corto número de sus otros discípulos? ¿Por qué no se manifestó públicamente en pleno día en Jerusalem, y en los pueblos de la Judea que había recorrido durante su primera vida, y en donde era conocido de todo el mundo? Por sí mismo debía hacerlo, pues había declarado altamente que resucitaría al

tercer día despues de su muerte. Lo debia hacer por los judios , á quienes no podia atraer y confundir sino por este medio : tambien debia hacerlo por todo el género humano, al cual habria convertido infaliblemente la publicidad de su resurreccion; y por otra parte , ¿qué le costaba el dar esta prueba mas de su resurreccion?

Esta objecion no es nueva, mí querido Teotimo : los filósofos del paganismo la hicieron en otro tiempo á los cristianos , y es una gloria sin duda para ellos , que los filósofos de nuestros días la hayan hecho revivir despues de tantos siglos. Esta objecion presenta muy desde luego algo de especioso; pero examinandola de cerca, se descubre toda su debilidad, y se ve que á un mismo tiempo , es injusta, temeraria , ridícula, y dictada por la mas insigne mala fe.

1.º: Esta objecion esta llena de injusticia, porque es evidente que esta transformacion repentina de los Apóstoles en otros hombres por la operacion del Espíritu Santo : los milagros

asombrosos que éstos hicieron en Jerusalem, en el resto de la Judea , y en todo el universo para probar la resurreccion de Jesucristo : la constancia con que dieron testimonio de esta resurreccion delante de los judios y de los idólatras , sin que los tormentos ni la muerte les hiciese titubear : la multitud infinita de conversiones que hicieron : el celo que inspiraron á los que habian convertido, el cual los determinaba á morir antes que renunciar á Jesucristo ; en fin , esta perpetuidad de milagros obrados en la Iglesia desde los Apóstoles hasta nuestros días , y siempre para confirmar la fe de la resurreccion de Jesucristo ; es evidente , dije , que por todas estas maravillas está tan invenciblemente probada la resurreccion de Jesucristo como lo habria estado por todas las apariciones de este Dios-Hombre, que hoy se atreven á reclamar , y lo está de un modo mas digno de Dios.

2.º: Esta objecion no es menos temeraria, que injusta; porque en fin , la resurreccion de Jesucristo está demos-

trada, y demostrada ya, todo hombre debe creerla, y ninguno tiene derecho de exigir mas de Dios. Este Sér Supremo no tiene obligacion de dar á los hombres todas las pruebas posibles de la resurreccion de su Hijo, sino pruebas evidentes, como lo ha hecho, capaces de convencer á los entendimientos rectos y despejados. Dios no debe nada al orgullo de los hombres, ni á sus pasiones; no debe nada á su vana curiosidad, ni al capricho de su imaginacion fantástica y extravagante. Y sobre todo, cuándo los débiles y miserables mortales han adquirido el derecho de pleitear y sutilizar con Dios? ¿Desde quando han adquirido el derecho de prescribirle el modo con el cual debe hacerles creer lo que él quiere? Las pruebas que Dios ha dado de la resurreccion de su Hijo, han convencido á los mas hermosos ingenios, y hombres mas sabios que el mundo ha visto desde el nacimiento del cristianismo; los Tertulianos, los Ciprianos, los Orígenes, los Eusebios de Cesarea, los Gre-

gorios Naciancenos, Basilio, los Crisóstomos, los Gerónimos, los Ambrosios y Agustinos. Estas mismas pruebas han convencido á los Constantinos, Teodosios, y otros innumerables grandes reyes: ellas han hecho millones de mártires: ellas han convertido el mundo entero; y así no debe hombre alguno desechar estas pruebas como insuficientes; porque es el colmo de la locura pretender que el mundo se ha hecho cristiano sin razon; y al mismo tiempo, es el colmo del orgullo el no ceder á unas razones que han convertido al mundo.

3.º: La objecion que combatimos es soberanamente ridícula; porque si preguntas por qué no se manifestó Jesucristo en Jerusalem y en las otras ciudades de la Judea despues de su resurreccion; yo preguntaré á mi vez, ¿por qué no se manifestó tambien en todos los pueblos, en todas las ciudades, en todas las aldeas, en todas las cabañas, y á cada hombre en particular; y por qué no ha repetido estas apariciones de generacion en genera-

cion? San Pedro y los otros apóstoles, ¿tenian mas derecho que yo de ver á Jesucristo resucitado? Asi obligaria á Dios á pasar por todo quanto quisiera prescribirle, y á hacerse el esclavo y el juguete de mis fantasías, para obtener mi creencia.

Digamos, pues, que esta objecion es dictada por la mala fe mas insigne, y que solo prueba la determinacion en que estan los que la hacen de no rendirse á prueba alguna; y yo voy á convencerlos. Supongamos, por un momento, que Jesucristo, despues de su resurreccion, se manifestó públicamente, y en pleno dia, desde luego en Jerusalem, y seguidamente en lo restante de la Judea. ¿Qué habria resultado de esto? Una de dos cosas; ó la nacion entera de los judios se habria convertido, ó se habria obstinado en su incredulidad. Si la nacion entera se hubiese convertido, no tendríamos ya judios despues de diez y ocho siglos, y entonces nuestros adversarios no dejarian de decir, que jamas hubo judios: que este pueblo es

un pueblo fabuloso, como el de las amazonas: que las escrituras que nos dan como de los judios, han sido fabricadas á golpe seguro por los cristianos. Si la nacion entera de los judios no se hubiese convertido, estos mismos adversarios deducirian de ello que todas las apariciones de Jesucristo eran supuestas; porque dirian, si Jesucristo despues de su resurreccion se hubiera manifestado públicamente en Jerusalem y en lo restante de la Judea, se habria convertido ciertamente la nacion entera de los judios. Los milagros de Moyses fueron hechos en presencia de un gran pueblo. Estos milagros fueron los mas asombrosos del mundo. Estos milagros duraron cuarenta años. Toda la historia de los judios testifica estos milagros, y sin embargo nuestros adversarios no los creen. Tan cierto es que los hombres son capaces de resistirse á la mas grande evidencia, por el orgullo y por el interes, y que el mismo Dios no puede probar nada á aquel hombre, determinado ya una vez á no decir jamas: *me he engañado.*